

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

 **RiL**
editores



XII. LOS CAFÉS LITERARIOS EN LA MODERNIDAD

Con posterioridad al año 1973, los cafés y bares para poetas noctámbulos se repliegan en medio de una fuerte recesión económica y cultural que deviene necesariamente en una menor vida nocturna.

Con el “toque de queda” ya no se puede salir a las calles de noche. Hay patrullas de vigilancia militar. El control es estricto. Nadie puede circular sin un salvoconducto. De lo contrario, se expone la vida.

En Valparaíso se cierran las *boîtes* tradicionales –entre ellas el Café Checo– y desaparece la vieja bohemia de bares y cafetines donde se juntaban los poetas y teatristas.

Los intelectuales y escritores se van del país por motivos políticos, económicos o personales. Otros trabajan en la intimidad de sus casas y talleres. Entre 1973 y 1980 muchos cafés y locales nocturnos se cierran, modificándose las costumbres del santiaguino o del porteño que hasta esas fechas era trasnochador, bohemio impenitente y amigo de las copas y los cigarrillos hasta la madrugada.

Centenario de la Confeitería Torres

Como siempre, surgen los nostálgicos que intentan resurgir una vieja bohemia. Uno de ellos es Bartolomé Alomar que, hacia fines de la década del setenta, resucita la olvidada Confeitería Torres organizando allí sus famosos “sábados románticos” con lecturas, lanzamientos de libros, actuaciones de orquestas típicas de tango, tertulias y recitales líricos de zarzuela en el pequeño teatro.

A fines de los años setenta, se rifan acuarelas, de rematan óleos con paisajes chilenos, se exponen cuadros de Lilian San Cristóbal y se hacen homenajes a profesores escritores, entre ellos a Roque Esteban Scarpa y a la folklorista Clarita Solovera con música de tuna interpretada por la Estudiantina Santa María de Valparaíso. Era una manera de estimular el ambiente artístico de esos dormidos años en el panorama cultural.

Un escritor nortino, Homero Bascuñán, hombre duro de la pampa, que tenía una gran biblioteca particular en su humilde casa de la Quinta Normal, bautizó aquí su libro *De los días perdidos*. Sentado en una de las mesas, junto al teatrillo del Torres, dedicó el ejemplar bautizado al dueño del lugar:

“A mi muy estimado amigo Bartolomé Alomar A. dedico este libro de otro tiempo que contiene mis mejores recuerdos de la larga aventura de mi vida, principalmente en la zona norte de mi patria y que bien puede ser la novela de un hombre que se formó como tal en el desempeño de duros oficios en las minas, en el salitre y en las fábricas. Con mi mayor afecto y un abrazo fraterno: Homero. Santiago, XI 1979”.



El escritor y músico Enrique Valdés recitando en una velada de la Confitería Torres a comienzos de los años ochenta.

Fotografía de Julia Toro.

Fue la época cuando el Torres cumplió cien años de vida. Desde distintas partes del mundo llegaron cables, telegramas y cartas de felicitación llenas de entrañables recuerdos.

Clientes del Torres enviaron tarjetas desde Berlín, París, Madrid y Barcelona. Entre las cartas más pintorescas, está archivada la del garzón Herminio Vázquez, que emigró a España, a Castellón de la Plana, en Valencia, a donde fue invitado por un cuñado suyo, casado con una hermana.

El garzón se tentó con las posibilidades de mejor vida, aclimatándose en la zona y aceptando un cargo del cura de Castellón para ser su sacristán en la iglesia. Profundamente católico y nacido con una vocación de servir –ya a una mesa, ya a una misa– el garzón sabía de liturgias por haber oficiado de monaguillo siendo niño en la iglesia de Angol, su ciudad natal. Incluso tiene a su cargo el cui-

dado de la Virgen de la Sierra que todos los años, los vecinos sacan en procesión a una colina. El antiguo garzón del Torres ha tenido la idea de prender en el vestido de la Virgen española una pequeña banderita chilena...

Al año siguiente, en 1980 se organizó una fiesta de cumpleaños para celebrar los 100 años de la Confitería a la que asistieron más de 200 personas, en su mayoría gente del espectáculo, el periodismo y la literatura. Estuvieron presentes el Dúo Rey Silva, Arturo Millán y tantos otros.

Desde ese momento, en la Confitería se sucedieron diversos lanzamientos de libros, entre ellos el de *Piel Adentro* de Guillermo Trejo.



*Remate de un libro de Rolando Cárdenas
en medio de tazas de café de la Confitería Torres.
Fotografía de Julia Toro.*

Aquí bautizó con vino navegado su libro de memorias el actor Hernán Letelier, famoso por su papel de Pierre, el peluquero en *La Pérgola de las Flores*. También Pablo Hunneus presentó su libro *Qué te pasó, Pablo* en el singular teatrillo, en tanto que Luis Alberto Acuña lanzó allí su libro de cuentos *Un jardín de porcelana china*.

Las tertulias cuentan ahora con la animación del actor Aliro Vega, quien se hace famoso por las palabras mágicas con que noche a noche da comienzo a las veladas: "Atención, la vara", conminando a los contertulios que toman una copa apoyados en la magnífica

vara de roble americano para que se acerquen al proscenio donde Carlos López y Santiago Vera, alzando sendas copas de vino, cantan con el público el dúo de la ópera "Marina":

*A beber, a beber y a beber
el vino del amor
que el vino hará olvidar
las penas del amor.*

Otra noche cantan al piano Marucha Cancino y el dúo de Santiago Vera y su esposa Elpide Retamal. En ese pequeño escenario con cortinajes de felpa oscura han cantado también los tenores Frank Hagen, Alfonso Arce y Jaime Urbina que tiene en los bajos de la Confitería su taller de pintor... También cantan Pedro Linares, especialista en zarzuela y opereta, el barítono Carlos Abarca y el tenor del teatro Municipal de Santiago Jorge di Blasio.



*Los poetas Rolando Cárdenas, Iván y Jorge Teillier
compartiendo en la Confitería Torres
junto a una señora del Ejército de Salvación.
Fotografía de Julia Toro.*

En 1981 se bautiza con vino navegado *El disco de la paz*, con composiciones de Violeta Parra y Carlos Gardel arregladas para cuarteto de cuerdas por el músico Gastón Soublette e interpretadas por el Cuarteto Latinoamericano. También actuó y animó cumpleaños el actor y mimo español Bululú.

El resurgimiento de la Confitería Torres fue un antecedente importante para que en 1983 fuera declarada Monumento Nacional.

Una noche fueron halladas cerca de doscientas botellas de vino marca Tocornal de la década del treinta que estaban tras una gruesa muralla. Don Bartolomé Alomar decidió continuar la tradición del emparedado de las botellas y en 1985 procedió a sepultar otras para ser abiertas ¡en el año 2000! La idea se gestó junto al enólogo y escritor español Miguel Torres, propietario de la Viña Santa Digna de Curicó quien donó los vinos de sus bodegas y estuvo también presente en la cava de la Confitería el día de la ceremonia.

La solemne velada contó con la presencia de numerosos escritores, entre ellos el Premio Nacional de Literatura Braulio Arenas y la periodista Rosita Rovinovich quien pronunció el siguiente conjuro en el momento del entierro de las botellas:

*Por la clavícula de Salomón
por Belcebú, Príncipe
por Arbaroth, Gran Duque
a vos que intentéis abrir este muro
violar sus sellos y beber del vino
guardado para junio del año 2000
os condeno hasta la quinta generación.
Conjuro a nubes, huracanes, granizadas
pedruscos y tormentas
en nombre de Elohim,
Jehovam y Mitrator a que os disolváis
como la sal en el agua
sin causar daño
ni estrago a ninguno
por la clavícula de Salomón.*

El ministro de fe de la original ceremonia fue el notario público Samuel Fuchs, quien certificó el entierro de un libro de oro y un pergamino firmado por los invitados, quienes escribieron su vaticinio de lo que imaginaron para el año 2000.

En la misma cava, junto a los vinos, se sepultaron libros, documentos, revistas y ejemplares de diarios que serán testimonio de lo ocurrido en 1985. A la notable ceremonia, amenizada por el grupo lírico de la Confitería Torres, acudieron numerosas personas del ambiente artístico y cultural chileno.

En 1994, la Confitería recibe la visita del mandatario argentino Carlos Menem que departió en el Torres con diplomáticos y minis-

tros escuchando tangos de Buenos Aires y temas clásicos de Miguel Caló al compás del Sexteto Real y la voz de Gardelito, un cantante chileno de extraordinario parecido físico con Carlos Gardel.

Otras visitas ilustres han sido las de la actriz Malú Gatica, el hombre de radio y televisión Raúl Matas, el periodista José María de Navasal, el ministro Enrique Krauss y recientemente el actor de cine Anthony Quinn...

Actualmente, el ambiente de la Confitería Torres es igual al de cien años. Sus propietario actual, don Jaime Vargas Ponce, heredero de la tradición de don Bartolomé Alomar, ha conservado las puertas de batiente, el reloj de la época, los espejos, el precioso mobiliario, las altas estanterías de caoba oscura, el magnífico mesón de roble americano, las sillas de Viena en perfecto estado, las mesitas Reina Ana, la estupenda *boisserie*, los zócalos, las lámparas, los frascos de caramelos, el piano y el pequeño escenario para la interpretación de zarzuela y operetas... Todo como en los viejos tiempos, hasta la música de un desmayado tango.

Sentarse en una de las mesitas del Torres es impregnarse de más de un siglo de la historia de Chile. Ya lo dice el español Anselmo J. García Curado, especialista en Cafés literarios con distinción alrededor del mundo: "Creo que el Torres encierra, además de los excelentes vinos tras sus muros, esa calidez y armonía de los lugares con pedigrí. He salido fascinado".

José Donoso y los Cafés santiaguinos

En los años 80, José Donoso que ha regresado de España después de una prolongada estadía, contempla desencantado el panorama de un Santiago sin vida nocturna. Los santiaguinos han abandonado el centro "por la pretensión y el miedo". Y recordando la animada vida cultural de los Cafés de Buenos Aires, Zurich, París y Madrid, el novelista comenta en un artículo publicado en *El Mercurio* titulado "Nostalgia del Café": "Aquí, la ambición deriva la gente hacia el campo, dejando despoblado y sin vida, sin carácter, ni mitos, ni cafés, el centro urbano".

Más adelante, echando de menos en nuestro país esa rica tradición de lugares para reunirse a conversar, agrega: "En Santiago, como en Moscú, no existe la vida urbana de cafés y restaurantes: aquí todo es uniformado, de formica y plástico, sin un rincón acogedor para pasar la tarde".

El Café de la Pérgola de la Plaza del Mulato Gil de Castro

Hasta que en los años ochenta, por iniciativa e impulso del joven abogado Juan Andrés Donoso, visionario y entusiasta conecedor del arte, surge el Café de la Pérgola de la Plaza del Mulato Gil de Castro que va ser un notable punto de encuentro de jóvenes escritores, poetas y pintores de la calle Lastarria.

Aquí se reúnen con ropas renovadas, trayendo las corrientes de una vanguardia novísima. Muchos vienen del extranjero con ideas y proyectos interesantes en la narrativa, la poesía, la pintura y la escultura. Son jóvenes artistas que irrumpen sin temores a la luz de un café *capuchino* o –mucho mejor– de un *Chivas Regal*.



*Ventanal emblemático del Café de la Pérgola
de la Plaza del Mulato Gil de Castro.
Fotografía de Guillermo Palma.*

Las viejas peñas folklóricas de los años sesenta y comienzos de los setenta, esas del vino navegado, los *chuicos* de tinto, las palmatorias y las cuecas chilotas, van a dar paso a unos lugares de reunión completamente diferentes en los que prima cierto aire cosmopolita y elegante, con luces de las nuevas tendencias artísticas que brillan —no ya en Europa o Latinoamérica— sino en California o New York.

Hay recitales de Jazz, música en vivo, tiendas de artesanía fina, talleres artísticos y lecturas poéticas.

En el ambiente sofisticado del Café de la Pérgola, de atmósfera ligeramente afrancesada, más acorde con la Modernidad, se presentaron numerosos libros, siendo Enrique Lafourcade el principal animador cultural y literario de esta singular plazoleta en donde el propio escritor tiene hasta el día de hoy su propia librería y taller literario llamado *El Paraíso Perdido*.

Tanto en las mesitas del interior iluminadas por suaves velas, como en el exterior, bajo los toldos, se dieron cita los cuentistas y poetas de los años ochenta, bajo la atención de su posterior dueño, el escritor Fernando Sáez, autor de la célebre biografía de Delia del Carril titulada *Todo debe ser demasiado*.

Por aquí han hablado de libros y autores los escritores que viven en las inmediaciones del café: Jorge Edwards, Carlos Franz, René Arcos Leví y en la actualidad los poetas Diego Maqueira y Arturo Fontaine Talavera que recrea la atmósfera de La Pérgola de la Plaza en su novela *Oír su voz* bajo el nombre de *La Oropéndola*.

Hoy día hay nuevos pequeños cafés que circundan un agradable ambiente de librerías, galerías de arte y anticuarios.

Café del Biógrafo

Otros escritores prefieren el ambiente más noctámbulo y bohemio del Café del Biógrafo, inaugurado en 1988, junto al pequeño cine-arte, en la esquina de Lastarria y Villavicencio, en un intento por retomar el espíritu de los perdidos cafés de la década del cincuenta.

La iniciativa se debió a Douglas Hübner, intelectual, cineasta y periodista, quien comenzó a gestar la idea de un café literario para discutir temas artísticos y políticos durante su exilio en Berlín durante cinco años. Allí, en esa ciudad creó el mítico café La Batea fre-

cuentado por poetas, estudiantes y políticos latinoamericanos residentes.

Este café alemán, hoy desaparecido, fue el referente del Café El Biógrafo frecuentado por gente de teatro, políticos, escritores y periodistas. Allí se daban cita las actrices Ana González, Patricia Rivadeneira y tantas otras... junto a actores como Pedro Vicuña. También iban los escritores Antonio Skármeta, Poli Délano, su hija Bárbara, Tomás Moulián, el poeta José María Memet, el escritor uruguayo Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina* y Jorge Edwards que ambientó allí su cuento "Mi nombre es Ingrid Larsen". Asimismo el escritor Radomiro Spotorno escribe en su novela *La patrulla de Stalingrado*: "El Biógrafo es un local hábilmente distribuido y decorado con un estilo intermedio entre el pub inglés y la taberna española".

El Biógrafo fue lugar de reunión de cineastas y allí, en la penumbra del humo del cigarrillo y saboreando un café se tejieron historias para cortometrajes. Allí estuvieron artistas internacionales como Ana Belén que grabó en El Biógrafo un videoclip o Joaquín Sabina que disfrutaron del ambiente y de las noches de conversación y risas.

Tres fueron los socios iniciales de El Biógrafo: Douglas Hübner, el cineasta Sergio Trabucco y el crítico literario Antonio Avaria. Todos ellos ponían su entusiasmo por lograr un espacio nuevo en el viejo Santiago, donde las ideas fluyeran y los autores se sintieran reanimados en un lugar que los identificara.

Aquí se reunieron también durante doce años consecutivos aquellos discípulos de Roque Esteban Scarpa, fundador de la Academia Literaria del Joven Laurel en el colegio Saint George. Hoy, estos antiguos alumnos que nunca faltaron a las reuniones de los miércoles en El Biógrafo, son destacados profesionales en el mundo de las letras, entre ellos Armando Uribe y Antonio Avaria.

El Café, situado en una vieja casona del barrio, con una fachada ecléctica, una puerta morisca y una elegante chimenea en su interior, tenía ciertamente un entrañable ambiente. Sobre las paredes, había objetos curiosos, carteles cinematográficos, uno de ellos de Ana González en la película *La Dama de las Camelias*, grabados de Nemesio Antúnez o de Santos Chávez. Todo este ambiente cautivaba al escritor Jaime Collyer, quien escribió: "Me gusta su estética, la gráfica de las paredes, los afiches de películas, esa evocación de los años cincuenta que le ronda. Tiene una atmósfera de novela de Cabrera Infante".

El Café El Biógrafo cerró sus puertas en marzo del año 2001. Fueron trece años importantes en la bohemia santiaguina "de la transición". Toda una época...

Café Las Lanzas

Situado en la plaza de Ñuñoa, este Café, cervecería y fuente de soda sirvió de marco entrañable a las conversaciones literarias del poeta Jorge Teillier que lo frecuentaba con un grupo de poetas, entre ellos Jaime Quezada. El descubridor de Las Lanzas fue precisamente Teillier que disfrutaba del ambiente, especialmente de una orquesta de músicos ciegos que interpretaba viejas melodías.

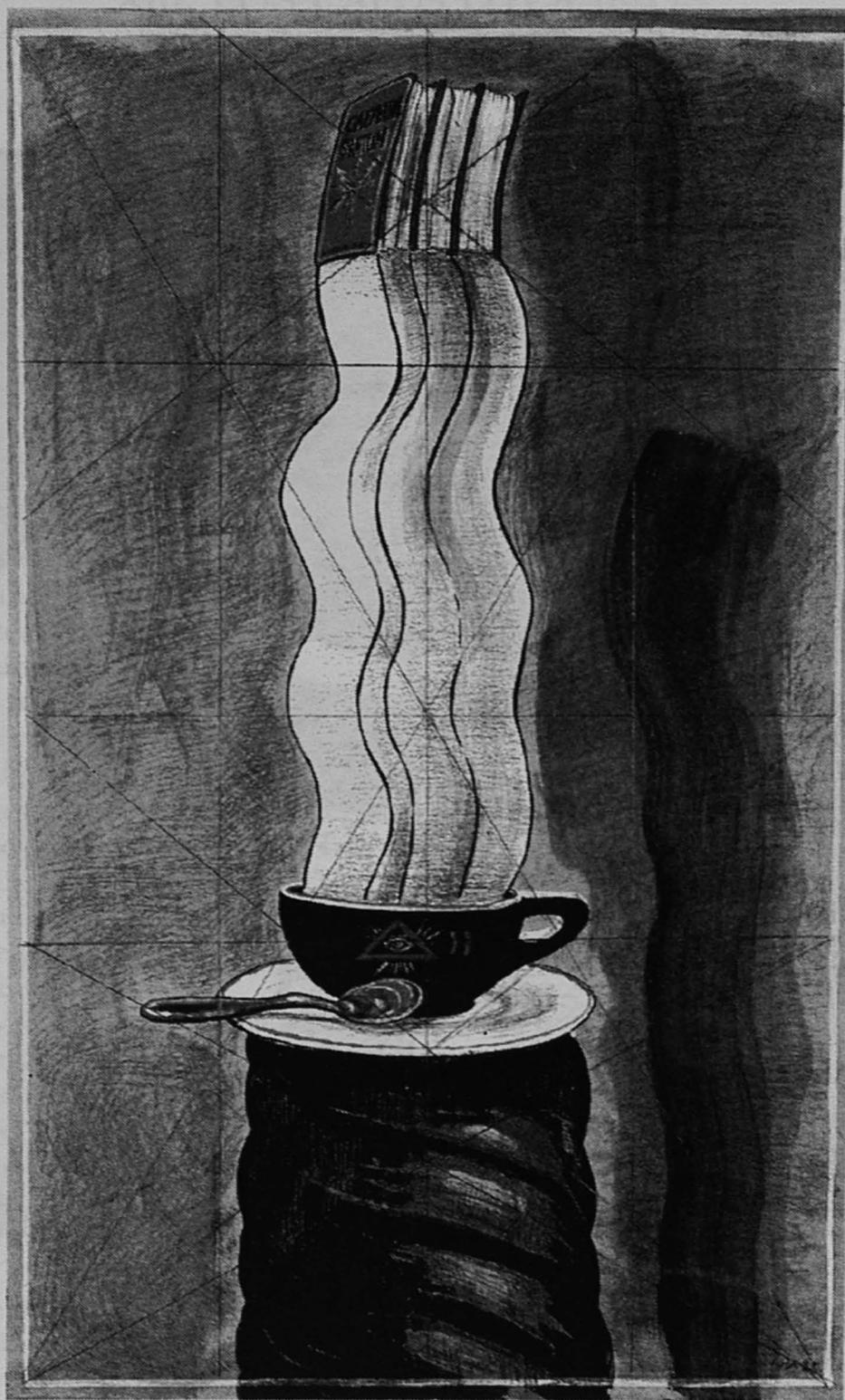
Posteriormente Las Lanzas agrupó a los estudiantes universitarios, artistas y personas vinculadas al Teatro de la Universidad Católica. En un momento de revalorización del barrio de Ñuñoa, como comuna cultural, el Café Las Lanzas reunió poetas, artesanos, librereros y jóvenes relacionados con la música de jazz, ya que en la misma plaza hay recitales. Lugar de la bohemia de los años ochenta y noventa, el Café Las Lanzas se convirtió en clásico del barrio para tomar cervezas hasta tarde y hablar de teatro, filosofía y cine arte. Allí hemos visto a los escritores Antonio Avaria, Jaime Hagel y Miguel de Loyola conversando de libros y autores.

Hoy día, toda la vereda de Las Lanzas tiene mesitas a la calle junto a otros cafés pequeños, entre ellos el Café de la Plaza y “El Amor Nunca Muere”, frecuentados por poetas, músicos, teatristas, extranjeros y artesanos.



Al otro lado de la vereda de Las Lanzas, en el tradicional barrio de Ñuñoa, está el Café Dante que sirve de refugio para tomarse un café o una cerveza antes o después de una función en el Teatro de la Universidad Católica.

Fotografía del autor.



*Un café para la creación literaria.
Técnica mixta sobre papel de Gerardo Dicrola.*



*Un café para la discusión literaria.
Óleo sobre tela de Roberto Barni (1988).*